

NERUDA ANTE LA POESIA HISPANOAMERICANA

Devoción mantenida y riguroso respeto hacia los poetas y la dignidad de la poesía, explican el hecho de que en la obra de Pablo Neruda —tanto en verso como en lo mucho no recopilado aún de la prosa— se destaquen de modo numeroso juicios, apreciaciones, elogios, prólogos y evocaciones de escritores de todos los tiempos y lenguas, en proporción caudalosa: el conde de Villamediana, Shakespeare, Sabat Ercasty, Baudelaire, Petoffi, Huidobro, Puschkin, Hikmet, César Vallejo, Pedro de Espinosa, Ercilla, Whitman, Rubén Darío, Laforgue, Góngora, Rimbaud, Silva, Gabriela Mistral, Manrique, Antonio Machado, Ducasse, García Lorca, Blake, Herrera y Reissig, Alberti y, por sobre todo y todos, en lo externo y profundo de sus preferencias, ese Quevedo roquero que descubrió en España, a partir de 1934, y que fue, dice Neruda, «mi padre mayor y mi visitador de España»¹:

«A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España. Y en la vida de mi poesía, en mi pequeña historia de poeta, me tocó conocerlo casi todo antes de llegar a Quevedo»².

El crítico chileno Jorge Sanhueza observaba en su artículo «Pablo Neruda, los poetas y la poesía»:

«Neruda ha empleado todos los medios que ha tenido a su alcance para promover la lectura de aquellos poetas cuyo conocimiento o mayor difusión ha estimado necesarios, fueran éstos

¹ PABLO NERUDA: *Viajes. Viaje al corazón de Quevedo. Viaje por las costas del mundo...* Nascimento, Santiago, 1955, pág. 17.

² *Op. cit.*, pág. 13.

clásicos y ensombrecidos por su propio brillo, o fueran inéditos u olvidados. En efecto, con extraña agilidad, se ha transformado de poeta en editor, de editor en prologuista, en traductor, en recopilador, en conferenciante, en periodista, crítico y hasta ilustrador...

En otros sentidos también ha promovido el interés por las obras literarias. Su actitud abierta y fraternal hacia los poetas y su misma posición política, han determinado ciertas preferencias en él por la gran poesía perseguida, por la poesía emancipadora, por la poesía encarcelada o pisoteada por regímenes políticos corrompidos...

En cuanto a los poetas americanos y chilenos, su actividad por difundirlos ha sido sostenida...»³.

En un registro que no conoce par en autores de su tiempo, la tarea de análisis y estimación de la obra de los otros sólo puede equipararse —dentro de la producción nerudiana— a la abundante meditación sobre su propia poesía, sus alcances, límites y direcciones, meditación iniciada hace medio siglo en las páginas inaugurales de *Crepusculario* (1923).

¿Cómo explicar tan constante preocupación por los poetas y por la dignidad del oficio poético? Antes que nada, Neruda se sabía brazo de un río innumerable —la tradición de la poesía, los que vinieron antes y prepararon el camino con su sacrificio—, como bien lo expresó en su discurso de incorporación en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile (1962), al referirse al *gran taller*, a la labor común y concatenada de poetas y creadores:

«El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que precedieron y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos. Y es por orgullo y no por modestia que proclamo a todos los poetas mis maestros, pues ¿qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuanto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía?»⁴.

³ JORGE SANHUEZA: «Pablo Neruda, los poetas y la poesía», en *Aurora*, 2.^a época, I, núms. 3-4. Santiago, 1964, págs. 29-30.

⁴ PABLO NERUDA: «Latorre, Prado y mi propia sombra», en *Obras completas*, 3.^a ed., tomo II. Editorial Losada. Buenos Aires, 1968, pág. 1103.

Por otra parte, no sólo sabía Neruda lo de la «camisa de mil puntas férreas», la violenta luz de exterminio que es la poesía como destino; agregaba a ello la certeza dolorosa —justificada sobre todo en Hispanoamérica— del poeta como «santo cristo del arte» que dijo Darío, como criatura vejada y postergada y siempre postrera para llegar a los banquetes del mundo. Le bastaba mirar hacia el ejemplo doloroso de César Vallejo, el poeta que hoy el mundo reverencia y que en sus días —no metaforicemos— Perú dejó morir de hambre en París.

O le habría sido suficiente —si no hubiese muerto en una hora tan dolorosa para Chile— volver a contemplar *la sangre por las calles*, o ver quemar en casas, calles y plazas los libros que él creó, amó, reunió y defendió con mantenido ardor.

Creía Neruda llegado el momento en que los poetas, en un mundo en marcha hacia la libertad y el esplendor de la esperanza, podrían desceñirse sus vestiduras de *raros*, de *marginales*, de *malditos*: esa vestimenta oscura de «poeta» —capa, chambergo amplísimo con extensiones de murciélago— que él mismo llevara en los días santiaguinos de *Crepusculario* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

En su conferencia «El esplendor de la tierra», recogida en el libro *Viajes...*, expresó Neruda:

«¡Grandiosa época, época sin lágrimas, época de la pura alegría! Por cientos de años las clases gobernantes martirizaron a los poetas, los encadenaron o los apalearon, los mataron de hambre, los alcoholizaron. Sacaron a relucir sus extravagancias para apartarlos del común humano, dieron reputación de viciosos a los puros para que el pueblo se apartara de ellos como de alimañas, o les rodearon, sitiándolos con elegancia, o aislándolos en los salones.

¡Qué larga es la lista de nuestros martirizados y ofendidos, de nuestros Poes, Verlaines, Daríos amargos!

Hoy el nuevo mundo que se construye, en el nuevo mundo del hombre, el poeta está en el centro de su patria, al pie de las banderas, en el centro de las cosechas, vigilando y cantando, combatiendo y defendiendo, asumiendo, por primera vez en la historia, el verdadero rol de la poesía»⁵.

* * *

⁵ *Viajes*, *op. cit.*, pág. 190.

Queremos ilustrar la actitud de Neruda frente a los poetas de América hispánica con tres textos de épocas muy distintas, todos ellos apenas conocidos en España e Hispanoamérica: tratan de Angel Cruchaga Santa María (1893-1964), José Asunción Silva (1865-1896) y Ramón López Velarde (1888-1921). Llevan las fechas 1931, 1946 y 1963, respectivamente.

El artículo sobre Cruchaga Santa María fue escrito en los años del 'destierro' en Oriente (1927-1931)⁶, cuando Neruda, en el período más solitario y desesperado de su existencia, ensayaba la nueva y revolucionaria dicción poética ensimismada de las *Residencias* I y II. En consonancia con la producción de esos años, la sintaxis del artículo es onírica, espesa, de lento avance envolvente y como dictada desde un espacio submarino: suenan y se articulan las palabras como lanzadas desde la catedral acuaria de Debussy, con deformaciones y extensiones de pesadilla y sombra. Es tal artículo, por otra parte, uno de los primeros tributos de larga amistad ejemplar que unió al autor de *Crepusculario* con el de *Las manos juntas*, hasta la muerte de éste, en 1964.

La presentación de Eduardo Carranza que constituye el artículo sobre José A. Silva es página importante porque rescata Neruda al poeta maldito de Bogotá, ignorado y vilipendiado en sus días (¿no dijo un diario de esa culta ciudad, horas después del suicidio del escritor, «parece que hacía versos»?), a pesar de una producción altísima y de la prosa de ficción más reveladora de la angustiada espiritualidad del modernismo: la novela *De sobremesa*⁷. Junto a Silva, cruzan por estas líneas otros malditos y suicidas y el más desventurado de todos, Pedro Antonio González, se desplaza por los cerros de Valparaíso en su interminable noche alcohólica. El poder evocador de esta prosa es intenso y a él debemos la magia de que el ruiñeñor del «Nocturno» se coloque de nuevo los finísimos guantes y cruce sigiloso y sin rumbo, sin mirar a ninguna parte, disolviéndose en el humo de sus cigarrillos egipcios, por las asordinadas mansiones bogotanas de fines de siglo...

Finalmente, la conferencia sobre López Velarde es tributo a un poeta que le influyó grandemente con sus voces secretas. A un hermano que supo, como él, expresar la vida escondida de la provincia. En sus días de México ya empezó a resonar —con misteriosas parti-

⁶ Hemos publicado la mayor parte de las prosas «orientales» de Neruda bajo el título de «Neruda en *La Nación* (1927-1929): prosa olvidada». *Anales de la Universidad de Chile*, CXXIX [1971; publicados en 1973], núms. 157-160, páginas 57-78.

⁷ Véase nuestro artículo «*De sobremesa*, novela desconocida del modernismo», en *Revista Iberoamericana*, XXXI, núm. 59, 1965, págs. 17-32.

turas de mandolina— el eco de López Velarde, que no desdora páginas del *Canto general* y de otras cimas de la creación nerudiana. Como el texto lo revela, el escritor chileno habitó la casa del autor de *Zozobra* y se sintió, más de una vez, visitado por la imaginación lírica del mexicano. Recuérdense, por ejemplo, sus «Versos a la manera de López Velarde para el pintor Waldo Vila».

* * *

Los textos que siguen son una abreviada ilustración de la fidelidad de Pablo Neruda a los poetas y a la poesía de Hispanoamérica y del mundo. Tal adhesión podría mostrarse asimismo con los afanes que el escritor desaparecido destinó a los poetas chilenos y, sobre todo, a los de su diezmada generación de suicidas, bohemios y delicados lunáticos —Aliro Oyarzún, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Romeo Murga y otros—, pero ése sería algo así como un capítulo secreto de la poesía de Chile que dejamos para otra oportunidad.

JUAN LOVELUCK

Universidad de Michigan
Ann Arbor, Michigan (EE. UU.)

INTRODUCCION A LA POETICA DE ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA *

Ni el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sometimiento quedan fuera de la casa de las musas poesías. Pero aquel que ríe, ése está fuera.

La residencia de las señoras musas está acolchada de tapices agrios y comúnmente van las Damas aderezadas de doloroso organdí. Duras y cristalinas, como verticales aguas son las murallas de la vivienda solemne. Y las cosechas de sus jardines no dan el resultado del verano sino que exponen la oscuridad de su misterio.

Esta es la manera y sacrificio de comenzar a frecuentar las estancias de Angel Cruchaga y de Santa María y el modo de tropezar con sus números angélicos y digerir sus obstinados y lúgubres alimentos.

* Publicado por primera vez en *Atenea*, núms. 75-76. Concepción, Chile, mayo-junio 1931. Después figura como prólogo de dos libros de Angel Cruchaga: *Afán del corazón* (Santiago, 1933) y *Antología* (Buenos Aires, 1946).

Como un toque de campanas negras, y con temblor y sonido diatremal y augur las palabras del mágico cruzan la soledad de Chile, tomando de la atmósfera sustancias diversas de superstición y lluvia. Devoluciones, compras, edad, lo han transfigurado, vistiéndolo cada día lunar con un ropaje más sombrío, de tal manera que, repentinamente visto en la Noche y en la Casa, siniestramente despojado de atributos mortales parecería, sin duda, la estatua erigida en las entradas del gran recinto.

Como anillos de la temperatura del advenimiento del alba del día del otoño, los cantos de Angel se avecinan a unos llenos de helada claridad, con cierto temblor extraterrestre y sublunar, vestidos con cierta piel de estrellas. Como vagos cajones de bordados y pedrerías casi abstractos, aún enredados de fulgurantes brillos, productores de una tristeza insana, parecen adaptarse de inmediato a lo previsto y presentado y a lo antiguo y amargo, a las raíces turbiamente sensibles que agujerean el ser, acumulando allí sus dolientes necesidades y su triste olvido.

Esos cajones dulces y fenomenales de la poética de Angel guardan sobre todo ojos azules de mujeres desaparecidas, grandes y fríos como ojos de extraños peces, y capaces aún de dar miradas tan largas como los arcoiris. Sustancias definitivamente estelares, cometas, ciertas estrellas, lentos fenómenos celestes han dejado allí un olor de cielo, y al mismo tiempo gastados materiales decorativos, como espesas alfombras destruidas, amarillentas rosas, viejas direcciones, delatan el paso muy inmóvil del tiempo. Las cosas del imperio sideral tórnense femeninamente tibias, giran en círculos de oscura esplendidez, como cuerpos de bellas ahogadas, rodeadas de agua muerta, dispuestas a las ceremonias del poeta.

Las vivientes y las fallecidas de Cruchaga han tenido una tiránica predisposición mortuoria, han existido tan puramente, con las manos tan gravemente puestas en el pecho, con tal acierto de posición crepuscular, detrás de una abundancia de vitrales, en tan pausado tránsito corpóreo, que más bien semejan vegetales del agua, húmedas e inmóviles florescencias.

Colores obispales y cambios de claridad alternan en su morada y estas luces duales se suceden en perpetuo ritual. No hay el peso ni los rumores de la danza en los atrios angélicos, sino la misma población del silencio con voces y máscaras a menudo tenebrosas. De un confín a otro del movimiento del aire repite sonidos y quejas en amordazado y desesperante coro.

Enfermedades y sueños, y seres divinos, las mezclas del hastío y de

la soledad, y los aromas de ciertas flores y de ciertos países y continentes, han hallado en la retórica de Angel mayor lugar extático que en la realidad del mundo. Su mitología geográfica y sus nombres de plata como vetas de fuego frío se entrecruzan en su piedra material, en su única y favorita estatua.

Y entre los repetidos síntomas místicos de su obra tan desolada, siento su roce de lenta frecuencia actuando a mi alrededor con dominio infinito.

PABLO NERUDA

Isla de Java, febrero de 1931.

SILVA EN LA SOMBRA *

Nuestro siglo XIX americano fue más largo que todos los siglos, y aislado, y acerbo, y lluvioso. Las pampas y las cordilleras, las sabanas y los ríos, los hombres y los campanarios transcurrieron envueltos en distancia, soledad y niebla.

Esta niebla grande y transubstancial galopa y permanece sobre nuestras alturas, como un manto morado, aquí y allá dirigido por las rachas de los huracanes más violentos, combatido contra las paredes glaciales de la cordillera nevada, y rechazado o aceptado a veces por el corazón de los hombres solitarios.

Por los caminos hay todavía fognazos y olor acre de pólvora y soldado, y los caudillos interrumpen el silencio con sus cabalgatas de potros guerreros, y a la luz de la luna muestran en un relámpago las charreteras doradas, los pantalones escarlata. En las profundas casas de patios y graneros, algunos hombres caen sobre los libros, devorando las páginas a la escasa luz de los cirios, profesando la vida en forma intelectual encarnizada, enseñando y combatiendo como Sarmiento o Bilbao, o entregándose a la poesía en forma despeñada y total como Pedro Antonio González o José Asunción Silva.

Satanes, ángeles oscuros, sacerdotes martirizados de lo más fantasmal y perdido, comedores de estrellas, pescadores de la noche som-

* *La Nación*. Santiago de Chile, lunes 27 mayo 1946, pág. 9. El artículo va precedido de la nota que sigue: «Palabras escritas por Pablo Neruda para prologar la conferencia que en el salón de honor de la Universidad de Chile dictó Eduardo Carranza, con ocasión del cincuentenario de la muerte del gran lirico colombiano José Asunción Silva.»

bría. Sus siluetas de espectro fúnebremente vestidas se destacan en la blanquecina luz del vapor boreal, y así comencé a ver a José Asunción Silva, elegantemente tétrico, con su lira purpúrea y sus suavísimos guantes de caballero enlutado. En la otra esquina de América, a la luz de los faroles más amargos, iba a cruzar tambaleante la sombra de Pedro Antonio González, amenazado por todos los terrores, triturado por los puñales más mortales, despreciado por su sonambúlica embriaguez. Por los salones encerados de Bogotá, frente a las más dulcísimas señoras, junto al arpa de las mil voces de oro, paseaba el doloroso ruiñeñor enguantado, y por las charcas pestilenciales de los cerros de Valparaíso iba dando tumbos nuestro tenebroso y misterioso maestro.

Todas estas soledades las iba a dispersar en un solo trueno de nieve y sonido el alto canto de Rubén Darío.

Pero esta unidad total americana que nos iba a dar Rubén Darío, este tono forestal y coral, esta unidad de rumor y de canto se levantaba sobre los dolores de una América atormentada, sobre los crepúsculos de una América oscura.

Herrera y Reissig, en cuyos sonetos brilla una magnánima luz frutal, luz que no dura, que se tuerce, se encrespa, se enfurece en los últimos lampos geniales de su obra, deshecho de drogas y de amargura, parsimonioso suicida de este clima espectral. Lugones, orgulloso gigante de la forma y del vocabulario; Alfonsina Storni, apasionada y florida; José Asunción Silva, árbol y cítara del romanticismo americano, al entrar en la muerte por voluntad propia, son sólo los más valientes suicidas, son los adelantados de un cortejo ligado a las raíces exterminadoras de la poesía americana. Suicidas también fueron el padre Rubén Darío, tan aterrado y mártir de cuanto existía, y el delirante y perverso Barba Jacob, y el abandonado y desterrado César Vallejo, grande entre los grandes...: «Me moriré en París con aguacero... Un día del que tengo ya el recuerdo.»

En ese coro acongojado como la masa sombría de un cielo de lluvia de una determinada selva americana, de esta necrología que abarca todos los himnos y las sílabas, la expresión toda de nuestro ser continental, la voz de José Asunción Silva se desprende con una pureza y una dulzura ilimitadas, como un violín delgado y combatiente o como la voz del ruiñeñor que sale de la noche sombría.

A cuantos hemos abrazado el camino de la poesía nos sobrecoge a veces el inmenso trabajo de los antepasados. Un *Nocturno* de José Asunción Silva es tal avance activo del pensamiento poético, tal conmoción en la ciudad lírica del español, como lo puede ser en el inglés de Norteamérica «El cuervo» de Poe o en el inglés de Inglaterra «The

Rhyme of the Ancient Mariner» de Coleridge *. Este gran poema escrito durante esta agónica y corta vida por las manos tan delicadas que, sin embargo, pudieron dispararse el tiro mortal, abre las puertas de un español magnífico y tenebroso, de un idioma nunca antes usado, conducido por un ángel nocturno a las últimas decisiones y desvelos del ritual. Por esas anchas puertas del gran *Nocturno* entra nuestra voz de América a tomar parte en el coro orquestal de la tierra.

Es por la voz de Eduardo Carranza, gran poeta de Colombia, expresión viva de la fuerza y la pureza poética de un país que ha hecho saltar la poesía de roca en roca y de metal en metal, recogiendo así lo más diamantino de cristal y fulgor, es por la voz de este grande, joven y representativo maestro de la juventud poética de Colombia, que iréis conociendo y reconociendo en sus pliegues y repliegues la sombría figura de José Asunción Silva. Y el hecho mismo de que Eduardo Carranza, capitán de la nueva poesía colombiana, haya escogido —o la vida lo haya escogido a él— para hablar por vez primera ante chilenos de una figura tan aureolada por la poesía, y tan irreducible en su misterioso ejemplo, nos muestra la grandeza y la continuidad de la cultura colombiana. En esta tarde de gran invierno austral, Silva y Carranza, unidos por lo más secreto y permanente de una inagotable tradición poética, no pueden ser aquí escuchados sino como dos grandes hermanos floridos, el uno taciturno en su abismo, el otro ardiente en su fuego, dándose las manos a través de la noche, en el puente inmortal de la poesía.

P. N.

* En su discurso en el *Pen Club* de Nueva York, abril de 1972, ya investido como embajador de Chile en Francia —designado por el presidente Salvador Allende Gossens—, Neruda recordó nueva e intensamente este poema de Coleridge al referirse a los que «parecerían dirigir sus armas para que Chile naufrague, para que el albatros no siga volando». Este discurso puede leerse en el homenaje a Neruda de los *Anales de la Universidad de Chile*, CXXIX [1971; publicado en 1973], núms. 157-160, págs. 39-43; y también en el homenaje de la *Revista Iberoamericana*, XXXIX [1973], núms. 82-83, págs. 9-13.

R L V*

Casi por los mismos días del año 1921 en que yo llegaba a Santiago de Chile desde mi pueblo, se moría en México el poeta Ramón López Velarde, poeta esencial y supremo de nuestras dilatadas Américas. Por supuesto que yo no supe ni que se moría ni que hubiera existido. Por entonces y por ahora nos llenábamos la cabeza con lo último que llegaba de los transatlánticos: mucho de lo que leíamos pasó como humo o vapor para nuestro carnívoro apetito, otras revelaciones nos deslumbraron y con el tiempo sostuvieron su firmeza. Pero no se nos ocurrió preguntar nada a México. Nada más que el eco de sus revoluciones nos despertaba aún con su estampido. No conocíamos lo singular, lo florido de aquella tierra sangrienta.

Muchísimos años después me tocó alquilar la vieja villa de los López Velarde, en Coyoacán, a orillas del Distrito Federal de México. Alguno de mis amigos recordará aquella inmensa casa, plantel en que todos los salones estaban invadidos de alacranes, se desprendían las vigas atacadas por eficaces insectos y se hundían las tablas de los pisos como si se caminara por una selva humedecida. Logré poner al día dos o tres habitaciones y allí me puse a vivir a plena atmósfera de López Velarde, cuya poesía comenzó a traspasarme.

La casa fantasmal conservaba aún un retazo del antiguo parque, colosales palmeras y ahuehuetes, una piscina barroca, cuyas trizaduras no permitían más agua que la de la luna, y por todas partes estatuas de náyedes del año 1910. Vagando por el jardín se las hallaba en sitios inesperados, mirando desde adentro de un quiosco que las enredaderas sobrecubrían o, simplemente, como si fueran con elegante paso hacia la vieja piscina sin agua, a tomar el sol sobre sus rocas de mampostería.

Entonces sentí con ansiedad no haber llegado a tiempo en la vida para haber conocido al poeta. No sé por qué me parece que le hubiese ayudado yo a vivir, no sé cuánto más, tal vez sólo algunos versos más. Sentí como pocas veces he sentido la amistad de esa sombra que aún

* PABLO NERUDA, GUSTAVO ORTIZ HERNÁN y GUILLERMO ATÍAS: *Presencia de Ramón López Velarde en Chile*. Editorial Universitaria. Santiago, 1963, páginas 21-27.

Con las mayúsculas referidas a un nombre, solía Neruda emblematicar la presencia de una gran figura literaria: lo hizo con «V» [Vallejo], en *Estravagario*; con «R. D.» para honrar al admirado nicaragüense en *La Barcarola*; en sus tiempos de Madrid, en la revista *Caballo verde para la poesía*, escribió un homenaje en el centenario del autor de las *Rimas*: «G. A. B.».

impregnaba los ahuehuetes. Y fui también descifrando su breve escritura, las escasas páginas que escribiera en su breve vida y que hasta ahora, como muy pocas, resplandecen.

No hay poesía más alquitarada que su poesía. Ha ido de alambique en alambique destilando la gota justa de alcohol de azahar, se ha reposado en diminutas redomas hasta llegar a ser la perfección de la fragancia. Es tal su independencia que se queda ahí dormida, como en un frasco azul de farmacia, envuelta en su tranquilidad y en su olvido. Pero al menor contacto, sentimos que continúa intacta, a través de los años, esta energía voltaica. Y sentimos que nos atravesó el blanco del corazón la inefable puntería de una flecha que traía en su vuelo el aroma de los jazmines que también atravesó.

Ha de saberse, asimismo, que esta poesía es comestible, como turrón o mazapán, o dulces de aldea, preparados con misteriosa pulcritud y cuya delicia cruje en nuestros dientes golosos. Ninguna poesía tuvo antes o después tanta dulzura, ni fue tan amasada con harinas celestiales.

Pero bajo esta fragilidad hay agua y piedra eterna. Cuidado con engañarse. Cuidado con superjuzgar este atildamiento y esta exquisita exactitud. Pocos poetas con tan breves palabras nos han dicho tanto, y tan eternamente, de su propia tierra. López Velarde también hace historia.

Por ese tiempo, cuando Ramón López Velarde cantaba y moría, trepidaba la vieja tierra. Galopaban los centauros para imponer el pan a los hambrientos. El petróleo atraía a los fríos filibusteros del Norte. México fue robado y cercenado. Pero no fue vencido.

El poeta dejó estos testimonios. Se verán en su obra como se ven las venas al trasluz de la piel, sin trazos excesivos: pero ahí están. Son la protesta del patriota que sólo quiso cantar. Pero este poeta civil, casi subrepticio, con sus dos o tres notas del piano, con sus dos o tres lágrimas verdaderas, con su purísimo patriotismo, completa así la estatua del cantor imborrable.

Es también el más provinciano de los poetas *, y conserva hasta en

* Neruda no quiso, él mismo, desprenderse nunca de su aura provinciana, de su menuda ciudadanía de Cautín y Temuco. Pocos días antes de su muerte confidenció a Margarita Aguirre algo que explica por qué se sentía cómodo con el mundo imaginario de López Velarde: «Yo soy un hombre local, provinciano de América, soy un pueblerino de Buenos Aires, soy un pueblerino de Santiago de Chile, soy un pueblerino de Temuco y de Parral, de donde vengo, del sur de Chile.» M. AGUIRRE: «Neruda: 'pueblerino de América'», en *Crisis*, I, núm. 4. Buenos Aires, 1973, págs. 36-44 (la cita es de la pág. 42).

el último de sus versos inconclusos el silencio, la pátina de jardín oculto de aquellas casas con muros blancos de adobe de las cuales sólo emergen puntiagudas cimas de árbol. De allí viene también el líquido erotismo de su poesía que circula en toda su obra como soterrado, envuelto por el largo verano, por la castidad dirigida al pecado, por los letárgicos abandonos de alcobas de techo alto en que algún insecto sonoro interrumpe con sus élitros la siesta del soñador.

Supe que hace diez siglos, entre una guerra y otra, los custodios de la Corona Real de una monarquía ahora difunta, dejaron caer el Objeto Precioso y se quedó para siempre torcida la antigua cruz de la Corona. Muy sabios, los viejos reyes conservaron la cruz torcida sobre la Corona fulgurante de piedras preciosas. Y no sólo así siguió custodiada, sino que la cruz torcida pasó a los blasones y a las banderas: es decir, se hizo estilo.

De alguna manera me recuerda este antiguo episodio el modo poético de López Velarde. Como si alguna vez hubiera visto la escena de soslayo y hubiera conservado fielmente una visión oblicua, una luz torcida que da a toda su creación tal inesperada claridad.

En la gran trilogía del modernismo es Ramón López Velarde el maestro final, el que pone el punto sin coma. Una época rumorosa ha terminado. Sus grandes hermanos, el caudaloso Rubén Darío y el lunático Herrera y Reissig, han abierto las puertas de una América anticuada, han hecho circular el aire libre, han llenado de cisnes los parques municipales, y de impaciente sabiduría, tristeza, remordimiento, locura e inteligencia los álbumes de las señoritas, álbumes que desde entonces estallaron con aquella carga peligrosa en los salones.

Pero esta revolución no es completa, si no consideramos este arcángel final que dio a la poesía americana un sabor y una fragancia que durará para siempre. Sus breves páginas alcanzan, de algún modo sutil, la eternidad de la poesía.

P. N.

Isla Negra, agosto de 1963.